



Comunicación política y movimientos sociales: lógica política, formas mediáticas y cambio social

JORDI FARRÉ

Movimientos sociales: debates sin mordaza.
Desobediencia civil y servicio militar (1970-1996)
 SAMPEDRO BLANCO, VÍCTOR
 Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. 1997.

Víctor Sampedro Blanco, Profesor de Opinión Pública en la Universidad de Salamanca, presenta una investigación exhaustiva en torno a la construcción de las relaciones complejas entre las agendas políticas y las informativas en los procesos de control de las demandas canalizadas a través de los movimientos sociales. Este análisis pone al descubierto la singularidad de un tema como la objeción de conciencia en España en su tránsito por una serie de mordazas institucionales que actúan a modo de filtro depurador. Este proceso de domesticación conlleva una eliminación progresiva de un tema conflictivo que se desvanece en muchas fases de la agenda pública.

Sin embargo, el cambio social puede ser incitado por una variedad de agentes. En el caso del movimiento social de la objeción de conciencia puede constatarse como a lo largo de los ciclos de atención pública su participación como agente primario en la promoción de cambios fue muy reseñable. Una de las claves estriba en la evaluación de dicha participación. De manera palpable, el cambio originado desde abajo incidió en las actividades de las élites poderosas, desde arriba. Hasta qué punto algunos cambios fueron producto de la voluntad de los agentes, efectuándose a partir de proyectos preconcebidos o, por el contrario, resultaron de la emergencia de efectos no intencionados y de consecuencias imprevistas, en el marco de acciones sustentadas en objetivos totalmente dispares, es una de las preguntas primordiales a la cual el libro pretende dar una respuesta fundamentada. Este caso ejemplifica como los movimientos sociales repercuten en reformas estructurales, políticas y sociales, impredecibles por su intensidad. Estas nuevas vías de acción (pacifismo, ecologismo o feminismo) conforman pues, una fuerza reivindicativa muy efectiva para el cambio de las inercias institucionales.

La construcción de agendas es un marco teórico intrincado que parte de la formulación pionera de la hipótesis de la *Agenda-Setting* formulada por McCombs y Shaw. En ella se demuestra que los medios de comunicación, particularmente la prensa de prestigio, es capaz de proponer los temas sobre los que pensar en la esfera pública. El marco planteado por Sampedro evidencia, en cambio, que la interacción entre la agenda informativa y la política va mucho más lejos siendo capaz de proponer también cómo deben pensarse los temas y en qué marcos discursivos deben situarse. Así las preguntas de investigación cruciales se refieren, por un lado, al control de la agenda y, por otro, a la relación dependiente entre política y periodismo. Los modelos explicativos sugeridos para esta interrelación

llevan a tres tipos de agenda: la de las élites, las plurales y las propiamente institucionales.

Este modelo de construcción de agendas retrata excelentemente las estrategias políticas e informativas:

- En la etapa de *elitismo puro* la respuesta política o bien no existe, **inactividad**, o bien actúa penalizando, **coerción**; por su parte, la agenda informativa de forma subordinada cae en el **silencio** o participa activamente en la **marginación**.
- En el *enfoque pluralista*, existe una tendencia movilizadora tendente a la **innovación política** acompañada por un **acceso periodístico favorable**.
- Desde el *elitismo institucional* la acción política procede a un proceso de **cooptación** e **institucionalización** del conflicto reforzado por la lógica de los medios de comunicación que entran en el juego de la **trivialización** y la **indiferencia** (cap. 1).

El movimiento de objeción de conciencia al servicio militar marcó básicamente unas pautas de actuación centradas en la desobediencia civil no violenta con una fuerte convicción ideológica subrayada por un pacifismo secular militante. Los hechos mostraron que el liderazgo ideológico del movimiento social fue encabezado siempre por las posiciones más extremas las cuales concitaron un mayor impacto social. Asimismo, es destacable la falta de mecanismos de legitimación tanto para el reclutamiento forzoso como para la organización de la prestación social, prueba inequívoca de debilidad, disfuncionalidad e incapacidad políticas del Estado Español. Aunque cabe señalar que la intención primera de esta regulación trataba de persuadir de las incomodidades e incertidumbres que conllevaba esta práctica, el efecto fue contraproducente al multiplicar los objetores (cap. 2).

Las medidas políticas sobre la objeción de conciencia se dividen en dos etapas en las que un conjunto de factores desembocaron hacia la asunción de una reivindicación social abierta ante una lógica política hermética. El período tardo-franquista y la transición democrática (1967-1982) marcaron las primeras escaramuzas en un tema tabú para las agendas políticas, controladas tácitamente por las jerarquías militares. Esta etapa de los orígenes del movimiento de objeción de conciencia se corresponde con la respuesta elitista pura a nivel político (cap. 3). Por su parte, los gobiernos socialistas (1982-1993) endurecieron las posiciones políticas en torno a los proyectos reguladores de la objeción forzando que, en la segunda mitad de los 80, los colectivos de objetores se rebelaran consumando el salto abismal desde el parlamentarismo hasta la desobediencia civil, y de la argumentación jurídico-legal hasta la argumentación política de abolición del servicio militar. Las posiciones por la insumisión extremaron el debate, agravándolo. Estas estrategias del movimiento canalizaron una sucesión de acontecimientos a su favor que se vieron refrendados por una estructura de oportunidad política favorable, logrando bloquear las agendas oficiales e introducir la desaparición del Ejército de leva como tema irrenunciable. A pesar de todo, se impuso una etapa de elitismo institucional donde primaron los criterios del Ministerio de Defensa, y de los tribunales de Justicia (cap. 4).

Por su parte, las agendas informativas son retratadas a través del análisis de contenido de los ciclos de atención pública generados por tres diarios de referencia: *ABC*, *El País* (ambos analizados desde mayo de 1976) y *El Mundo* (desde su aparición en octubre de 1989). La perspectiva diacrónica descubre cómo la prensa en un principio fue seducida para después quedar saturada ante un debate que alcanzó sus momentos álgidos a raíz de la Guerra del Golfo en 1991 y de la primera sentencia absolutoria de un insumiso en marzo de 1992 para, con posterioridad, ir decayendo informativamente en un silencio cómplice alimentado por la lógica política y por las formas mediáticas (cap. 5).

La actualización final (1993-1996) propone algunas conclusiones teóricas en relación a cómo las agendas políticas pueden verse cuestionadas por los movimientos sociales. Los colectivos de objetores no fueron acaso la única causa de la aceleración de los acontecimientos sociopolíticos tendentes a la abolición del servicio militar obligatorio. Pero, probablemente, sí que sus actuaciones fueron del todo imprescindibles en la articulación de las agendas políticas e informativas. Las mordazas institucionales desempeñaron funciones esenciales: erradicar demandas (dictadura), rebajar conflicto (transición) y preservar instituciones básicas (período socialista). Aún así, los costes resultaron contraproducentes para la lógica política: la coacción y el rechazo sistemático conllevaron un agravamiento de las protestas y el triunfo de las tesis más radicales de los activistas. Por otra parte, cabe destacar el modo en que la prensa ejerció de convidada de piedra al dejarse influir excesivamente por los dictados políticos en la construcción de sus agendas informativas. Tales agendas abonaron un espacio para el control más bien que un foro para la controversia (epílogo).

Las instituciones son fruto de una serie de equilibrios de poder que gestionan conflictos de intereses entre las propias élites. Si existen desaveniencias forzosa-mente se reflejan en los medios. Las formas mediáticas se constituyen, incluso sin pretenderlo, en un canal privilegiado en la transformación insospechada de temas públicos.

De manera manifiesta también, las formas poco convencionales de acción del colectivo radical por la insumisión predijeron, moldearon y aceleraron un proceso social abierto. Sus innovadores propósitos lograron la implementación de sus demandas irrenunciables centradas en la desmilitarización social. Desde la *marginalidad*, sus tesis se desvelaron como generales. Estos colectivos construyeron un espacio intermedio donde intereses sociales latentes cristalizaron en instituciones estables. En definitiva, Sampedro constata por qué los movimientos sociales deben contarse entre los agentes colectivos de cambio social con una mayor fuerza emancipadora.

Este análisis riguroso de intervención social nos muestra algunos hechos irrefutables: para la lógica política se observa una patente falta de receptividad hacia las demandas sociales; en cuanto a las formas mediáticas *serias* debe denunciarse su connivencia respecto de las élites y alertar sobre la alta responsabilidad que debe presidir la práctica del periodismo; en referencia a los movimientos sociales deben subrayarse sus capacidades para suscitar mutaciones en unas estructuras tan complejas como dinámicas.

Con todo, las estructuras institucionales no sólo se mueven sino que pueden ser empujadas a cambiar. Ciertamente, los agentes colectivos deben ahondar en el conocimiento de las estrategias políticas y mediáticas para propiciar una incidencia social más efectiva. En conclusión, esta radiografía del tema de la objeción de conciencia detecta síntomas muy preocupantes para la salud democrática. Sin embargo, plantea también vías de intervención. Escudarse en coartadas de control ideológico o hegemónico de las élites no es óbice para dejar de actuar.

Los movimientos sociales vehiculan acciones capaces de remover las lógicas políticas y de cuestionar las formas mediáticas. Los colectivos alternativos deben buscar cambios que, a menudo, pueden aparecer como imposibles, pero no por ello dejan de ser factibles. Sampedro presenta una investigación de validez científica incuestionable que configura una sólida batería de argumentos para los que creemos en la transformación social y en que restan muchas cosas por decir aún, y todavía muchas más por hacer, también desde el rigor de la implicación académica.